ZARAGOZA
1935

4ª EDICIÓN

PRISIONERO EN SU CUERPO

Injusticia. Traición. Memoria.

Hay heridas de las que no se regresa;
que nunca cierran..

Isidro F. Carbonero Rodríguez

9N
9 NORTE
NARRATIVAS QUE BUSCAN VERDAD

© Prisionero en su cuerpo
Autor: Isidro F. Carbonero Rodríguez
D.L. LR 502-2022
ISBN: 978-84-125613-2-6

Publicado por PS09 S.L.
Sello editorial: 9Norte

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra a través de cualquier forma o medio sin el permiso previo y por escrito del autor.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículo 270 y siguientes del Código Penal).

A mi hijo, para que nunca olvide la suerte de haber tenido siempre a sus padres a su lado.

Los que albergan pensamientos de odio, celos, venganza y malicia son verdaderamente personas muy peligrosas. Causan inquietud y mala voluntad entre los hombres.

Swami Sivananda

Cuando el deshonor es público, es preciso que también lo sea la venganza.

Pierre-Augustin de Beaumarchais

ÍNDICE

PRÓLOGO 15

CAPÍTULO 1 17

CAPÍTULO 2 25

CAPÍTULO 3 33

CAPÍTULO 4 47

CAPÍTULO 5 55

CAPÍTULO 6 61

CAPÍTULO 7 65

CAPÍTULO 8 69

CAPÍTULO 9 75

CAPÍTULO 10 81

CAPÍTULO 11 87

CAPÍTULO 12 93

CAPÍTULO 13 99

SOBRE EL AUTOR 109

PRÓLOGO

Hay preguntas que no tienen una sola respuesta. ¿Qué empuja a una persona a quitar la vida a otra? ¿Qué clase de herida convierte el dolor en odio? ¿Qué límite se cruza cuando la venganza deja de parecer una idea y empieza a tomar forma de acto?

Esta novela no pretende justificar la violencia. Tampoco absuelve a quien mata, aunque su dolor venga de lejos. Solo intenta asomarse a una zona incómoda del ser humano: ese lugar donde la memoria, la injusticia y el deseo de reparación pueden corromperse hasta convertirse en una nueva forma de barbarie.

Jimeno arrastra una historia que no eligió. Otros decidieron por él mucho antes de que pudiera defenderse. Pero ninguna herida, por profunda que sea, vuelve inocente a quien decide destruir a otros para ajustar cuentas con el pasado.

Quizá esa sea la verdadera cárcel de esta historia: no la de los muros, ni la de los barrotes, sino la que uno mismo levanta dentro de sí cuando ya solo sabe vivir mirando hacia la venganza.

CAPÍTULO 1

Madrid, primavera de 1976.

Jimeno llevaba tres meses siguiendo al doctor Javier Velázquez Santos.

Sabía dónde comía, a qué hora salía de la consulta, qué calles evitaba cuando no quería ser visto y qué excusas utilizaba para regresar tarde a casa. Conocía el nombre de su mujer, sus rutinas de devoción, el portal donde vivía, el recorrido hasta el trabajo, los restaurantes que frecuentaba, las casas discretas donde se permitía ciertos placeres y hasta la manera en que se tocaba el nudo de la corbata cuando mentía.

Lo único que aún no había decidido era quién tendría que morir primero.

Cerró el cuaderno, volvió a abrirlo y repasó la última página. Había escrito el nombre del doctor con una letra apretada, casi escolar, y debajo varias direcciones unidas por flechas. A un lado, encerradas en un círculo, figuraban dos palabras: objeto personal.

La habitación olía a tabaco frío, humedad y ropa encerrada. Era un cuarto estrecho de una pensión céntrica, de poco más de diez metros cuadrados, con una ventana diminuta sobre el cabecero por la que apenas entraba luz. La cortina, vencida por la mugre y los años, ya no tenía un color reconocible. En las paredes quedaba el recuerdo de un verde pastel que la humedad había ido apagando hasta convertirlo en una sombra enfermiza.

Una lámpara de perlas de cristal, mutilada de la mitad de sus colgantes, iluminaba la estancia con dos bombillas cansadas. Había un armario con luna oxidada, una mesilla, dos sillas y una mesa pegada a la pared. Sobre la mesa descansaban el cuaderno, un bolígrafo, una cajetilla de tabaco y una caja metálica de dulce de membrillo que Jimeno conservaba desde su llegada a Madrid. Aún estaba vacía, pero pronto dejaría de estarlo.

Jimeno permanecía sentado en el borde de la cama, todavía en pijama. Había cumplido cuarenta años, aunque nadie se los echaba. Tenía un rostro de muchacho que engañaba a los desconocidos, unos ojos oscuros de brillo limpio y una media sonrisa que podía confundirse con simpatía. Su cuerpo, hecho a trabajos duros y noches sin descanso, conservaba una fuerza seca. Quien lo mirase sin conocerlo habría visto a un hombre atractivo, quizá algo reservado. Nadie habría visto lo que llevaba dentro.

El doctor Velázquez no debía morir. Esa era la primera regla.

Matarlo habría sido sencillo. Un mal encuentro en una calle oscura, un golpe a destiempo, una caída por unas escaleras, una navaja hundida entre las costillas. Madrid tragaba secretos todos los días y los devolvía convertidos en rumor. Pero la muerte era demasiado breve. A Velázquez se le cerrarían los ojos, su familia lloraría, sus pacientes hablarían de él como de un hombre bueno y respetable, y todo quedaría reducido a una tragedia más.

No. Jimeno quería otra cosa.

Quería escuchar su nombre pronunciado por un juez. Quería verlo bajar la cabeza ante la mirada de su mujer. Quería que los periódicos imprimieran su vergüenza y que sus pacientes aprendieran a escupir al suelo al oírlo nombrar. Quería que el doctor Javier Velázquez Santos supiera qué se siente cuando uno es detenido, acusado y encerrado sin ser culpable de aquello que le imputan.

Quería que probara la inocencia entre rejas.

Apretó el bolígrafo hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Durante años había pensado en aquel hombre como se piensa en una enfermedad heredada. Velázquez había sido amigo de su padre, compañero de juventud, camarada de ideales cuando todavía quedaban ideales en los que creer. Después, cuando la guerra cambió de viento, también él cambió de camisa. Había aprendido a sobrevivir señalando a otros.

Jimeno no necesitaba recordar todos los detalles para odiarlo. Los detalles los tenía escritos. Zaragoza. Facultad de Medicina.

Comités. Listas. Delaciones. Nombres entregados a los vencedores. Una camisa azul. Un brazo en alto. El mismo hombre que antes había hablado de libertad cantando después con entusiasmo la canción de los que habían llenado las cárceles.

Entre todos aquellos nombres estaba el de Marcos, su padre.

Jimeno encendió un cigarrillo y dejó que el humo subiera hacia el techo. Las manchas de humedad formaban figuras caprichosas: un animal abierto, una cara sin boca, una flor podrida. Sonrió apenas. En aquellas formas siempre acababa viendo lo mismo: barrotes.

Volvió al cuaderno. Junto al nombre de Velázquez escribió una palabra: prueba.

Necesitaba algo suyo. Algo que no pudiera confundirse. Un pañuelo con iniciales. Un gemelo. Un botón arrancado de una chaqueta. Un reloj, si se presentaba la ocasión. Objetos pequeños, discretos, capaces de hablar más que un testigo. La policía podía dudar de una acusación. Dudaría menos de una prueba encontrada en el lugar adecuado.

Unos golpes en la puerta lo obligaron a cerrar el cuaderno de golpe.

—Jimeno, la comida está preparada. ¿Vas a salir?

Era la patrona. Su voz sonaba demasiado cerca.

—Sí. Dame cinco minutos para vestirme.

Se quedó quieto hasta oír sus pasos alejarse por el pasillo. Después guardó el cuaderno bajo una camisa doblada, metió la caja metálica en el último cajón de la mesilla y se lavó la cara en la palangana. El agua estaba fría. Le vino bien. Había momentos en que necesitaba recordar que aún no había hecho nada. No todavía.

Salió al comedor. La patrona ya había servido la mesa. Era una mujer de edad imprecisa, de esas que se cuidan para que los años no sepan dónde detenerse. Tenía el pelo moreno, los labios carnosos y unos ojos negros que no solían pedir permiso. Vestía una blusa de escote barco y una falda con vuelo ceñida a la cintura. En la pensión

todos conocían el modo en que miraba a Jimeno, aunque nadie se atrevía a decirlo delante de ella.

—¿No trabajas hoy? —preguntó mientras se sentaba frente a él.

—De noche. A partir de ahora solo hago noches.

—Te convienen. De día siempre vuelves con cara de querer matar a alguien.

Jimeno levantó la vista. Ella sonreía, ajena al peso exacto de sus palabras.

—Será el cansancio.

La patrona le sirvió vino sin preguntar. Comieron despacio, con el ruido de los cubiertos ocupando el silencio. En otras habitaciones, alguno de los huéspedes arrastraba una silla; en la calle subían voces, motores, el pregón lejano de un vendedor. Madrid seguía su curso sin sospechar que, en una pensión cualquiera, un hombre estaba trazando la vida y la muerte de otros.

Jimeno trabajaba de guarda en unas obras del Paseo de la Castellana. Varias torres crecían allí como esqueletos de hormigón, vigiladas por tres hombres que se alternaban en turnos de día y de noche. Él prefería la noche. De día siempre había alguien que pedía ayuda para descargar cemento, apilar ladrillos o sustituir a un obrero enfermo. De noche, en cambio, el frío y la soledad le dejaban pensar.

Y pensar era lo único que últimamente le importaba.

Cuando terminaron de comer, la patrona retiró los platos con una lentitud deliberada.

—¿Te apetece café?

—Si no te importa.

—Cuando estamos solos, nunca me importa.

La frase quedó suspendida entre los dos. Jimeno sonrió con una cortesía que no llegaba a los ojos. Ella conocía aquel gesto y, aun así, eligió entenderlo como una invitación.

—Ayúdame con esto —dijo, señalando los platos.

Jimeno se levantó y la siguió hasta la cocina. La puerta era estrecha. Al cruzarse, sus cuerpos se rozaron. Ella no se apartó. Él

tampoco. Durante unos segundos se miraron sin hablar, con esa familiaridad de quienes no necesitan nombrar lo que ocurre entre ellos para repetirlo.

La patrona fue la primera en tocarlo. Le apoyó una mano en el pecho, lo empujó suavemente contra la silla y lo besó con una urgencia que no parecía nacida solo del deseo, sino también del tedio, de la soledad y de tantos años fingiendo que la pensión bastaba para llenar una vida. Jimeno respondió al beso. No pensó en ella. Pensó en una puerta cerrada, en un cajón, en un pañuelo con iniciales bordadas.

Aquella tarde se dejaron llevar por una intimidad sin promesas. La patrona lo condujo a su dormitorio y el resto quedó protegido por el silencio cómplice de la casa. No era la primera vez. Tampoco sería la última si a ella le daban a elegir. Pero Jimeno estaba ya en otra parte. Incluso cuando su cuerpo obedecía, su cabeza seguía trabajando.

El atardecer los sorprendió tendidos en la cama. El golpe de una puerta al cerrarse en la entrada los hizo incorporarse. La patrona le llevó un dedo a los labios, se vistió a toda prisa y salió para comprobar quién había llegado.

A Jimeno no le preocupaba que los vieran. Casi todos los huéspedes sospechaban lo que sucedía entre ellos. A ella, en cambio, le importaban las formas. Prefería que las habladurías siguieran siendo habladurías y no una certeza atrapada en mitad de un pasillo.

Cuando salió del dormitorio, Jimeno cruzó hasta el servicio de enfrente para fingir que venía de allí. Nadie dijo nada. López y González, los dos gorrones que siempre ocupaban las mejores sillas del comedor, lo miraron con una sonrisa torcida y volvieron al televisor.

La patrona estaba en la cocina preparando la cena cuando él apareció para despedirse.

—¿Quieres que te prepare un termo con café para la noche?